

El Oriente de Jorge Luis Borges*

Susanna Regazzoni

El viaje

Jorge Luis Borges, poco amante del nomadismo, con las excepción de dos viajes a Europa realizados en juventud con la familia, y de algunos viajes de trabajo, hasta alcanzar la fama, es decir, ya superados los sesenta años, transcurre una vida provincial, sedentaria, tranquila y monótona en la periferia de Buenos Aires.

Su existencia estuvo esencialmente dedicada a los libros, en recintos rituales como la sagrada biblioteca del padre en la infancia y la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, que dirigió ya anciano y ciego (cf. Rodríguez Monegal 1987).

Sólo después de 1971, Borges empieza a viajar, muchas veces acompañado por María Kodama —estudiante, secretaria, compañera y, después, esposa— por Estados Unidos (que ya conocía), Escocia e Inglaterra. En particular le impactó el viaje en globo en los Estados Unidos, seguido del viaje a Japón, los dos determinantes para el conocimiento de la cultura de lugar. María Kodama, de origen japonés, contribuirá también a su mayor aproximación a la literatura japonesa (cf. Casio 1988, Romero Sosa 1999).

Uno de los últimos libros publicados del autor se titula, significativamente, *Atlas* (1984) y, a través de imágenes, poesía y breves textos, cuenta los viajes realizados. En el

* Traducción de María Luisa Vásquez Castañeda.

prólogo se lee: «María Kodama y yo hemos compartido con alegría y con asombro el hallazgo de sonidos, de idiomas, de crepúsculos, de ciudades, de jardines y de personas, siempre distintas y únicas. Estas páginas querrían ser monumentos de esa larga aventura que prosigue» (cf. De Toro 2000: 35-45).

El viaje literario

La biografía literaria del autor es más interesante y aventurera de lo que se pueda imaginar y el Oriente, en sus variantes geográficas y temporales, es parte integrante. Borges viaja gracias a la lectura (cf. Rodríguez Monegal 1987: 68; Salas 1994: 36); un viaje a través del macrocosmos de la biblioteca y el microcosmos de la enciclopedia, pero realizado también a través de la memoria, ya que, a partir de 1955, el escritor ya no está en condiciones de leer.

Es notorio que una de las primeras lecturas de Borges fue *Las mil y una noches*, en la traducción inglesa de Robert Burton, texto descubierto en la biblioteca paterna que leyó en secreto —en la época era considerado obsceno— que marca la fantasía del joven: muchos años después, en 1936, él escribirá el artículo «Los traductores de las 1001 noches» (en *Prosa completa*, 1980), en el que discute el mérito de las diversas traducciones (Burton, Layne, y Payne) de la colección. Ésta ha sido también la obra preferida del padre de Borges, Jorge Guillermo, que había tratado de imitarla, pero fracasó. Para el hijo, el cuento breve constitutivo de *Las mil y una noches* se convierte en el modelo perfecto, inalcanzable porque era un género censurado por la autoridad paterna y en el que el padre había fallado. Quizá por esto Jorge Luis Borges se acerca tarde a la narrativa breve, y se empeña bastante —seis años— en escribir su primera colección, *Hombre de la esquina rosada* (1935), que es parte de *Historia universal de la infamia* (en *Prosa completa*, 1980).

Otro elemento que contribuye a la presencia oriental en la obra del escritor es la composición de la *Antología de la literatura fantástica* (1940) —en colaboración con Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo— en la cual se evidencian vastos componentes de historia oriental, empezando con un cuento japonés, que abre la serie, *Sennin* de Ryunosuke Akutagawa (1892-1927). En 1957, con Marguerita Guerrero, compila el *Manual de zoología fantástica*, que saldrá ampliado con el título *El libro de los seres imaginarios* (1967). Es significativo el espacio asignado al mundo asiático a través de la descripción de una

serie de animales autóctonos. Además, con Alicia Jurado, escribe *Qué es el budismo* (1976), tema, este último, renovado en numerosas entrevistas; entre éstas, la más notable es aquella al cuidado de Osvaldo Ferrari, *Diálogos últimos*, donde hay un capítulo titulado «Sobre la personalidad y el Buda» (cf. Ferrari 1987).

La fascinación de la cábala, en fin, animará numerosos cuentos, expresión y momento máximo del pensamiento oriental.

Latinoamérica y Oriente

Antes de proceder a un examen más detallado de la vida de Borges, es útil reflexionar brevemente sobre la relación existente entre Oriente y América Latina, originariamente individuada como la tierra del gran Khan. El proyecto de Cristóbal Colón, como se sabe, era el de descubrir Cipango: el mítico imperio descrito por Marco Polo, y no un nuevo continente.

El mismo indígena considerado como «otro», diverso, se transforma a veces en el cruel caníbal, a veces en el buen salvaje, y responde a los modelos míticos o utópicos: a este propósito es todavía útil el estudio de Tzvetan Todorov, *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre (La conquista de América. La cuestión del otro)*, 1982).

Existe, pues, un vínculo entre Hispanoamérica y Oriente evidenciado ya en las crónicas del descubrimiento y de la conquista, donde el imaginario utópico se aplicaba a la realidad de nuevos paisajes. Las tierras conocidas en el pasado y olvidadas con el pasar del tiempo, se vuelven a descubrir. Un Nuevo Mundo, por lo tanto, tan intenso como metáfora de la utopía, que según el pensamiento renacentista es también metáfora de Oriente.

Nacida como tierra del este, América Latina es originariamente englobada y representada a través de símbolos orientales, comenzando con el nombre: *Las Indias*. Y es sorprendente, pero verdadero, que los orientales (chinos, japoneses, árabes, etcétera) son hoy un componente importante de la población de aquel continente.

Oriente y Borges

El Oriente de Jorge Luis Borges va por encima de los temas ya mencionados. Tras los múltiples títulos que se puedan adscribir al argumento los más conocidos son «El

inmortal», «La busca de Averroes», «El Zahir», «Abenjacán el bojarí, muerto en su laberinto» (*El Aleph*), «El sendero de los jardines que se bifurcan», «Tlon, Uqbar, Orbis Tertius», «Funes el memorioso» (*Ficciones*, 1949) (en *Prosa completa* 1980). De particular interés es «Tlon, Uqbar, Orbis Tertius» donde Uqbar es un país no documentado, ubicado en una región indeterminada, de confines muy vagos, en Asia Menor, probablemente alrededor de la actual Armenia. En cambio, Uqbar es un topónimo inventado, tierra de nadie, y situarlo en Armenia significa darle credibilidad, hacer que se convierta en algo real. El Oriente-Uqbar es un elemento descentrado y desterritorializado.

En este cuento hay otras temáticas de tipo más o menos orientales. Emerge prepotente el elemento estructural de la narrativa enunciado en la introducción de *Historia universal de la infamia*, uno de sus primeros libros en prosa, publicado en 1935, en el que escribe:

Los doctores del gran vehículo enseñan que lo esencial del universo es la vacuidad. Tienen plena razón en lo referente a esa mínima parte del universo que es el libro. Patíbulo y piratas lo pueblan y la palabra infamia aturde en el título, pero bajo los tumultos no hay nada. No es otra cosa que apariencia, que una superficie de imágenes; por eso mismo puede acaso agrandar. El hombre que lo ejecutó era asaz desdichado, pero se entretuvo escribiéndolo; ojalá algún reflejo de aquel placer alcance a los lectores. (Borges 1975: 10-11)

Más que una elección ideológica, el elemento oriental para el escritor argentino es un artificio que contribuye a la formación de su poética. Lejos de ser considerado como otra cultura, el Oriente es un instrumento para poner en cuestión, para socavar las certezas, para problematizar la fuerte metafísica occidental de sus mitos logocéntricos y nacionalistas.

En este sentido, es interesante el tantas veces citado *Orientalismo* (1999), de Edward Said, que presenta una reestructuración del orientalismo, entendido como modo para ponerse en relación con el Oriente a través de la puesta en discusión de los valores occidentales. Antes del estudio de Said, el Oriente se concibe esencialmente como objeto exótico, extraño, maravilloso, fuera de nuestra cultura y de nuestra experiencia. El Occidente, en efecto, ha tenido siempre necesidad del «otro» para definirse, para establecer los cánones de su civilización.

Borges implementa un mecanismo similar al de Said: lee el Oriente, lo desterritorializa y lo ubica en otros lugares, reconstruyéndolo. Aunque el escritor vive en Buenos Aires

—ciudad ambigua situada en la periferia, pero con una centralidad— él presenta un mecanismo de lectura deconstruccionista que tiene como resultado desterritorializar la escritura.

Lo que interesa al escritor argentino es la crítica de Occidente. Esto viene implícitamente, o mejor dicho, metafóricamente, a través de historias extraídas de las culturas orientales —árabe, china, japonesa y armenia— que insinúan una duda sobre las representaciones de nuestro universo.

Paralelamente, el escritor argentino produce una literatura que ha sido definida de las «orillas», una estética de los márgenes, en la cual él reúne y contemporáneamente deconstruye, en el acto de lectura, la literatura argentina y la extranjera, en donde lleva el centro a la periferia, y viceversa. En este mecanismo, el término Oriente es entendido como instrumento para una «desterritorialización y una reterritorialización rizomática de la literatura».¹

Cuando se habla de «orientalismo», en Borges, se habla de una mirada-lectura, no fascinado por el exotismo del otro, ni hegemónico: el Oriente no reside en lo que es extraño y maravilloso, se trata de ocupar un territorio desconocido, de habitarlo, como la página de escribir. Es el encuentro con una idea diversa, fascinante, recuperada y reinventada por el escritor: es un modo de escapar del canon, de la norma, de dejarse invadir por el territorio desconocido. Borges está lejos del viejo concepto de Orientalismo, en este caso parece más bien acercarse a la propuesta de nuestra contemporaneidad. Es importante recordar las muchas veces en que él se ha definido más como lector que como escritor; superando, de todas maneras, los límites que circunscriben esta noción para contribuir a la invención de un nuevo acto semiótico que indique la equivalencia a las acciones de leer y de escribir.

Su visión del universo es la de un caos incomprensible, en el cual el hombre se debate sin posibilidad de un orden que pueda adaptarse a su naturaleza.

Es venturoso pensar que una coordinación de palabras (otra cosa no son las filosofías) pueda parecerse mucho al universo. También es venturoso pensar que de esas coordinaciones ilustres, alguna —siquiera de modo infinitesimal— no se parezca un poco más que otra [...] admitamos lo que todos los idealistas admiten: el carácter

¹ A este propósito son importantes los estudios de Beatriz Sarlo (1995), *Borges un escritor en las orillas* (Buenos Aires: Verso); Rafael Olea Franco (1993), *El otro Borges. El primer Borges*, (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica); Alfonso de Toro (2001), «La “literatura menor”, concepción borgiana del “Oriente” y el juego con las referencias. Algunos problemas de nuevas tendencias en la investigación de la obra de Borges» (*Iberoromanía*, N.º 35, pp. 68-110).

alucinatorio del mundo. Hagamos lo que ningún idealista ha hecho: busquemos irrealidades que confirmen ese carácter. Lo hallaremos, creo, en las antinomias de Kant y en la dialéctica de Zenón. El mayor hechicero (escribe memorablemente Novalis) sería el que hechizara hasta el punto de tomar sus propias fantasmagorías por apariciones autónomas. ¿No sería ese nuestro caso? Yo conjeturo que así es. Nosotros (la indivisa divinidad que opera en nosotros) hemos soñado resistente, misterioso, visible, ubicuo en el espacio y firme en el tiempo; pero hemos consentido en su arquitectura tenues y eternos intersticios de sinrazón para saber que es falso. (Borges 1957: 136)

También el complejo fenómeno cultural del taoísmo no quedó indiferente al escritor. Él mismo dice que quedó fascinado desde joven: «Hacia 1916 resolví entregarme al estudio de las literaturas orientales. Al recorrer con entusiasmo y credulidad la versión inglesa de cierto filósofo chino» (Borges 1997: 396).

Entre las temáticas más frecuentes de Borges está la esencia onírica de la realidad y la paradoja que de ella proviene. A este respecto, es interesante el artículo de Antonio Fernández Ferrer «Cercanía de una milenaria intertextualidad», presentado en el Congreso Internacional «El siglo de Borges. Literatura-ciencia-filosofía» (Venecia, 1999), donde se han examinado todas las ocasiones en las cuales el libro de Zhuang Zi está citado, reescrito, transcrito, reinventado en la antología, en la recopilación, en el *Manual de zoología*, en el *Libro de los seres imaginarios (dragón)*, en «La discípula» (*Cuentos breves e imaginarios*), escritos con Adolfo Bioy Casares; en el ensayo *Nueva refutación del tiempo*, de 1974; en la poesía «Signos» (*La moneda de hierro*, 1976).

Hasta la última conferencia, Borges insistirá sobre la indeterminación de los confines entre realidad y sueño, concepto que también de la filosofía oriental sugiere y que él interpreta en la paradoja que de ella proviene: «No sabemos si la realidad es real o fantástica. No sabemos si el universo pertenece al género realista o fantástico. Posiblemente, todo el mundo es un sueño, toda la historia es un sueño. Ese sueño puede no ser soñado por nadie. Es un sueño que se sueña. La historia es parte de ese sueño y yo, en este momento, soy parte del sueño de cada uno de ustedes, por lo que puedo decir que el sueño de ustedes es un poco trivial» (Borges 1995: 171-175).

Desde el momento que, en el principio rector del sueño, se juegan las resonancias orientales, la representación espacio-tiempo se libera del principio causa-efecto. En más ocasiones, Borges explica que la inspiración de sus escritos le proviene del sueño.

A este propósito es útil citar a Romano Mádera, el cual, en su intervención «Pensando col sogno» («Pensando con el sueño»), subraya el nuevo rol del sueño en la sociedad contemporánea. Mádera, delineando el pensamiento jungiano, repite que a través del sueño se producen significados autónomos.

Hay que liberar los grandes descubrimientos de Freud de su jaula etnocéntrica, nacionalista y científico-centrista. Estos tres aspectos están íntimamente conectados. [...] en el curso del tiempo, paralelamente al decaer las presunciones del etnocentrismo, del racionalismo científico, del patriarcalismo —y estas presunciones decae en el transcurrir del siglo XX, porque los países del centro de la economía— mundo capitalista han debido llegar a un acuerdo con el pedido de emancipación y de la libertad de los pueblos colonizados y de las mujeres —se debilita también aquel reduccionismo que pretende consignar sueños y visiones, mitos y ritos, poesía y mística, al territorio todavía no regenerado, habitado, por lo tanto, o del fantasma o de la fuga provisional y consolatoria, un territorio todavía no perteneciente a la dura pero verdadera sobriedad de la civilización. (Mádera 1998: 11-16)

Borges, como narrador, considera que la imaginación simbólica, en la cual está inmerso, sin ser consciente, se encuentra en el origen de la cultura, y que el pensamiento sería una articulación tardía. A partir de esta consideración, traduce nuevas visiones en forma de relato que se puedan compartir.

El Oriente de Jorge Luis Borges, además de ser un elemento fantástico y un instrumento filosófico para eliminar la identidad individual, es también un fruto textual de viajes literarios, una adquisición de segundo o tercer grado, transversal a los géneros mismos. De hecho, esto desemboca en varias instituciones literarias, pasa indistintamente de los libros de ensayos a la poesía o a la prosa, leídos en traducciones, adoptando una escritura descentralizada, con el fin de crear una nueva forma de lectura, de escritura, y haciendo emerger, de este modo, a una literatura diversa, móvil, siempre activa, nómada y antiautoritaria.

Estos son los instrumentos que el escritor prefiere adoptar para «inclinarse» artísticamente, sin ideología, a la metafísica de occidente.

BIBLIOGRAFÍA

BORGES, Jorge Luis

- 1957 *Discusión*. Buenos Aires: Emecé.
1975 *Historia universal de la infamia*. Madrid: Alianza.
1980 «“Los traductores de las 1001 noches”, Historia de la eternidad». En *Prosa completa*. Barcelona: Bruguera.
1984 *Atlas*. Colaboración de María Kodama. Barcelona: Lumen.
1995 «La última conferencia de Borges». *Cuadernos Hispanoamericanos*, N.º 539-540, pp. 171-175.
1997 *Jorge Luis Borges. Obras completas*. Buenos Aires: Emecé.

BORGES, Jorge Luis y Margarita GUERRERO

- 1967 *El libro de los seres imaginarios*, Buenos Aires: Kier.

BORGES, Jorge Luis y Alicia JURADO

- 1975 *¿Qué es el budismo?* Buenos Aires: Columbia.

BORGES, Jorge Luis; Adolfo BIOY CASARES y Silvina OCAMPO

- 1940 *Antología de la literatura fantástica*. Buenos Aires: Emecé.

CASIO, Guillermo

- 1988 *Borges en Japón. Japón en Borges*. Buenos Aires: Editorial Universitaria.

FERRARI, Osvaldo

- 1987 *Diálogos últimos*. Buenos Aires: Sudamericana.

MÁDERA, Romano

- 1998 «Pensando col sogno». En AA. VV. *Sogno e scrittura nelle culture iberiche. Atti del XVII convegno AISPI*. Roma: Bulzoni, pp. 11-16.

- ROMERO SOSA, Carlos María
1999 «Borges y el haiku». *Proa*, N.º 42, julio-agosto, pp. 75-78, referida a la colección *La cifra*.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir
1987 *Borges, una biografía literaria*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- SAID, Edward
1999 *Orientalismo*. Milán: Feltrinelli.
- SALAS, Horacio
1994 *Borges. Una biografía*. Buenos Aires: Planeta Argentina.
- TODOROV, Tzvetan
1982 *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre*. París: Seuil.
- TORO, Alfonso de
2000 «El viaje a través de los signos». En TORO, Alfonso de y Susanna REGAZZONI (eds.). *El siglo de Borges*. Fráncfort: Vervuert- Iberoamericana, pp. 35-45.